Ciclo de debate sobre técnica psicoanalítica: “El encuadre”

Introducción: Dra. María Adamo

13 de mayo 2022

“El psicoanalista sabe que trabaja con las fuerzas más explosivas y que le hacen falta la misma cautela y escrupulosidad del químico. Pero, ¿acaso le han prohibido alguna vez al químico ocuparse, a causa de su peligrosidad, de sus materias explosivas, indispensables a pesar de su efecto? (...) de igual modo seguirá siendo imprescindible el psicoanálisis practicado con arreglo al arte, no amortiguado, que no teme manejar y dominar en bien del enfermo las más peligrosas mociones anímicas”.

Sigmund Freud
(1915a [1914], pág.173)

Cuando comencé a buscar material para esta introducción, sobre todo en nuestro ámbito institucional, me sorprendió encontrar más del que había esperado. No sólo en la obra de Freud y Chiozza, sino también en mesas redondas, conferencias y trabajos sobre el tema¹. En lo que sigue, voy a traer un breve abordaje general, para luego focalizar en algunas cuestiones que me resultaron particularmente interesantes para compartir con ustedes.

“Encuadrar” es, entre otras acepciones, “encerrar en un marco o cuadro” y también “determinar los límites de algo” (DRAE). Es decir que el término “encuadre” alude a un marco que circunscribe un determinado espacio. Una cuestión importante de la que no voy a poder ocuparme hoy, pero que no quiero dejar de mencionar, es que la profundización del estudio del encuadre psicoanalítico llevó a Chiozza a comprender que *toda relación* tiene su encuadre, es decir sus límites –por ejemplo, los hábitos de convivencia que determinan un tipo de trato, aquello que en una relación “se puede” decir o hacer y aquello que no-, y que un vínculo funciona bien cuando se los respeta y comienza a dañarse cuando se los transgrede. En esta oportunidad, me centraré en el encuadre como concepto psicoanalítico.

En psicoterapia, llamamos “encuadre” a un conjunto de reglas y preceptos que enmarcan y permiten que se lleve a cabo la tarea programada del análisis, que puede concebirse como un “procedimiento efectivo” (Chiozza, L., 1983e [1982]). El encuadre es para el analista lo que el quirófano es para el cirujano; algunas cirugías –la minoría- pueden hacerse sin contar con un quirófano, pero es mucho más difícil y el resultado, menos prometedor. Una esclarecedora metáfora es pensar a las reglas del encuadre como las reglas de un juego: éstas permiten que el juego se lleve a cabo, pero con ellas “no hay que jugar” (Chiozza, L., 1998j [1978-1979]), de lo contrario el juego mismo se desvirtúa y pierde su sentido –por este motivo Chiozza plantea que no conviene verbalizar interpretaciones en relación a elementos del encuadre-. También podemos decir que el encuadre es como el escenario del teatro: dentro de él se despliega la obra, conmovedora, en donde nos sentimos viviendo una historia “como si” fuera la nuestra; pero el teatro en sí mismo forma parte de la “vida real”. Es decir que el encuadre enmarca un espacio en donde se despliega un ámbito lúdico o ficticio, el mundo simbólico del “como si”, del juego y del teatro, del proceso terciario (Ibídem). Así,

¹ Incluí la referencia a este material en la bibliografía o en notas al pie, para quien tenga interés en profundizar en el tema.

podemos pensar que en la sesión de análisis el paciente viene a escenificar un guion, como el niño que juega y dice “dale que...”. En este sentido, Chiozza señala: *“Cuando el paciente habla, puede estarle contando lo que sea, pero usted deberá siempre preguntarse ¿por qué me cuenta a mí esto ahora? Es decir, ¿quién soy yo en este relato?, ¿a qué estamos jugando?, ¿qué estamos representando?, ¿cuál es el drama del cual en este momento somos personajes?”*².

Si bien Freud no utilizó el término “encuadre”, sentó las bases de sus elementos principales: la determinación de encuentros en horarios fijos y de una duración determinada, el pago de honorarios³, el uso del diván y, sobre todo, la frecuencia de contacto y la regla de abstinencia.

Chiozza (2013) subraya que, en la medida en que el psicoanálisis busca modificar el carácter –constituido por un conjunto de hábitos- se asemeja a los procesos de aprendizaje o entrenamiento que se requieren para desarrollar habilidades nuevas, y necesita, como ellos, de una frecuencia de contacto y de trabajo que sea suficiente –cuatro o al menos tres encuentros semanales-.

El autor destaca a la regla de abstinencia como elemento central del encuadre, y se ocupa de enfatizar que ésta se aplica no sólo al paciente –como planteaba principalmente Freud- sino también al analista. ¿Qué significa la regla de abstinencia? Significa “llevar en dirección retrógrada los procesos de excitación” o, en otras palabras, *contener* la descarga directa de los impulsos para poder “contemplar” en lugar de “hacer”, analizar el vínculo en lugar de vivirlo “a plena cantidad”. La regla de abstinencia permite que el analista trabaje en atención flotante y que el paciente asocie libremente.

Tal como señala Chiozza: *“No cabe duda de que el fundamento principal del proceso psicoanalítico reside en que la vida real de ambos protagonistas se enriquece cuando, en vez de vivirla plenamente en la sesión, se procura contemplarla en el campo de las transferencias recíprocas, reintroduciéndola, de manera mesurada, en un acto de consciencia”* (Ibídem, pág. 55). En este sentido, el encuadre es fundamental para poder “limpiar” el campo de observación dentro del cual trabajamos (Ibídem, pág. 56).

Veamos el siguiente planteo de Freud (1919a [1918]) en relación a la importancia de la abstinencia en el análisis:

“Quien, como analista, acaso por desborde de su corazón caritativo, dispense al paciente lo que todo ser humano tiene derecho a esperar del prójimo, cometerá el mismo error económico en que incurren nuestros sanatorios no analíticos para enfermos nerviosos. Se afanan en que todo le sea lo más grato posible al enfermo sólo a fin de que se sienta a gusto y en otra ocasión acuda a refugiarse allí de las dificultades de la vida. De ese modo renuncian a fortalecerlo para esta, a volverlo más productivo en sus genuinas tareas. En la cura analítica es preciso evitar toda malcrianza de esa índole. Al enfermo tienen que restarle muchos deseos incumplidos de su relación con el médico. Lo adecuado al fin es, justamente, denegarle {versagen} aquellas satisfacciones que más intensamente desea y que exterioriza con mayor urgencia”. Y, unas líneas más adelante, agrega: “Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un

² Palabras pronunciadas durante la conferencia “Estabilidad y cambio en el encuadre psicoanalítico”, dictada en la Fundación Luis Chiozza el 14 de diciembre de 2001.

³ No abordaré el tema de los honorarios en esta introducción, dado que hay un encuentro del ciclo especialmente dedicado a este tema.

patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza” (pág. 159-160).

Creo que, guiados por los desarrollos de Chiozza, también podemos identificar en esta cita la necesidad de la abstinencia del analista, cuando dice por ejemplo que debemos evitar “imponerle nuestros ideales” al paciente o “complacernos en nuestra obra”. Además, en última instancia, el deseo de “malcriar” al paciente –es decir de gratificarlo de manera directa– está íntimamente ligado a un deseo del analista de “darse el gusto”, por ejemplo, el gusto de sentirse un objeto bueno, proveedor o incluso ideal.

Gracias a la regla de abstinencia es posible llevar a cabo la tarea que Racker (1952) describía como “disociación instrumental”, es decir, vincularnos con el paciente, pero también poder “distanciarnos” para contemplar y comprender lo que está ocurriendo entre ambos, analizando nuestra contratransferencia. Es en gran parte gracias a esta regla que el análisis puede constituir un “simulador de la vida” (Chiozza, G., 1997b) o un “psicodrama de la convivencia”⁴, en donde lo que se busca es, justamente, modificar esta manera de convivir. Es en este sentido que Freud (1915a [1914]) considera que el análisis es un “camino para el cual la vida no ofrece modelos” (pág. 169) o, en palabras de Gustavo Chiozza (2014d): “El vínculo que paciente y analista establecen entre sí, en las condiciones acotadas del encuadre psicoanalítico, debe proveer esa experiencia correctora que solo en raros casos la vida nos depara espontáneamente” (pág. 5).

Gustavo Chiozza describe al proceso analítico con estas palabras: “El analista intenta hacer conciente qué personaje de la historia pasada de su paciente está representando. Si lo logra, por el mismo hecho de haber comprendido, sus sentimientos hacia el paciente (su contratransferencia) inevitablemente cambian. Esto convierte al analista en un objeto inesperado para el paciente, ya que en lugar de ser otra «figurita repetida» de su historia, el analista se comporta de manera diferente. Esto constituye una experiencia nueva que comienza a reescribir la vieja y repetida historia” (Ídem).

Volviendo sobre la metáfora del juego, tal vez podría resultar fructífero comparar la relación que existe entre el vínculo analítico y los vínculos de la vida “real”, con la que existe entre el juego deportivo y su respectivo entrenamiento. Así, por ejemplo, puede ser que un profesor de tenis simule un partido con su alumno; “hacen de cuenta” que están jugando un partido, pero la importancia no está puesta en quién gana o quién pierde, sino en poder identificar cuáles son los golpes y movimientos que el tenista necesitaría modificar para mejorar. Es posible entonces que la clase por momentos transcurra “como si” fuera un partido, pero no lo es, porque no están jugando “de veras”⁵. Distinto es cuando el tenista juega un torneo: allí la cosa “va en serio”. Del mismo modo, el análisis, como un “simulacro” de convivencia, nos brinda la oportunidad de identificar aspectos de nuestro carácter que necesitamos cambiar, ya que interfieren en nuestros vínculos “reales”. Tenista y paciente necesitarán volver una y otra vez sobre los mismos puntos, para lograr una transformación “de fondo” que les permita incorporar los cambios de manera espontánea, hasta que configuren hábitos nuevos.

A riesgo de llevar la comparación demasiado lejos, podríamos imaginar que, si el profesor de tenis, guiado, por ejemplo, por el deseo de no perder a su alumno, le jugara pelotas

⁴ Ibídem nota 2.

⁵ Habitualmente utilizamos el ejemplo del juego para referirnos al “como si”. En el caso aquí planteado, el “como si” se daría en el entrenamiento, mientras que el juego sería lo que va “en serio”.

sencillas, lo alabara y hasta le permitiera ganar los partidos de práctica, no lo estaría ayudando. Para poder hacerlo, necesita abstenerse de darle ese gusto a su alumno –y de dárselo a sí mismo- en pos de un objetivo mayor. Tal como subraya Gustavo Chiozza (2016a), la renuncia al principio de placer en favor del principio de realidad suele tener “mala prensa”, porque negamos que el primero sólo brinda un placer ilusorio –y por lo tanto es frustrante- y que la única manera de obtener un placer verdadero es en la realidad. En el mismo sentido, podemos pensar que la idea de “abstenerse” a veces también adquiere connotaciones negativas, porque olvidamos que esta abstención es en función de una gratificación mayor o más genuina –la “ristra de salchichas” del premio de la carrera de perros, en el ejemplo de Freud-

En una de las ocasiones en que se habló sobre el tema del encuadre, Gustavo Chiozza⁶ se preguntaba por qué a menudo nos resulta tan difícil implementar bien el encuadre en la práctica, cuando parece un tema que tenemos bastante claro en la teoría. En otra oportunidad, él mismo planteó una cuestión que me parece que responde, al menos en parte, esta pregunta.

Durante la discusión del trabajo “Volviendo sobre el sentido de la regla de abstinencia” (Grus, M. y Tellas, S., 2016), centró la cuestión explicando que esta regla nos obliga a enfrentarnos con la dificultad en el vínculo, con el punto en que sentimos malestar en la convivencia con el paciente, que es, precisamente, aquello con lo que tenemos que trabajar: *“El análisis se ocupa de las dificultades de la vida (...) sin ocuparse de las dificultades de la vida, sino ocupándose de las dificultades del vínculo con el paciente, asumiendo que ocuparse de estas dificultades después le sirve al paciente para la vida, es esta situación en donde necesariamente tenemos que estar incómodos, corriendo, transpirando, en dificultad... y nosotros tenemos que acostumbrarnos a esto”* (Ibídem). El malestar que necesitamos poder soportar incluye la frustración que sentimos cuando no logramos comprender y no sabemos “qué decirle” al paciente. Cuando no lo soportamos, quebramos la abstinencia y, desde un pseudo-self, actuamos nuestra contratransferencia –en lugar de analizarla-. Entonces intentamos, por ejemplo, agradar al paciente o decirle algo “inteligente”, pero, desde esta posición impostada, estamos siempre con miedo de ser “descubiertos”. En aquella oportunidad, Gustavo Chiozza explicó que la dirección hacia la que tenemos que tratar de encaminarnos es la contraria: enfrentar esa dificultad y disponernos a atravesarla, analizándola. Por eso, agregó, no nos proponemos “llevarnos bien” con el paciente, sino, en todo caso, “llevarnos bien luego de habernos llevado mal”, es decir luego de haber podido elaborar las dificultades en las que la convivencia con él nos coloca.

En esta misma dirección, este autor plantea que la esencia de la tarea analítica se centra en lo que denomina la “función paterna”: preparar al paciente para enfrentarse mejor con la vida. Esto implica poder tolerar que el paciente se frustre y que, eventualmente, experimente sentimientos negativos hacia nosotros. Sentimientos que, justamente, habremos de analizar. El paciente, en cambio, suele venir, en mayor o menor medida, buscando una “madre” que lo proteja y lo satisfaga. Como subraya Chiozza (1995y [1990]), mientras el encuadre del tratamiento psicoanalítico tiene características posnatales, el paciente a menudo viene buscando un vínculo de características prenatales, por ejemplo, buscando “garantías” o entregándose al análisis con la actitud de “yo cumplo con el encuadre, el resto es responsabilidad suya”. Volviendo a la metáfora del tenis, sería como si el alumno fuera a la

⁶ Participación realizada en ocasión de la mesa redonda “El encuadre psicoanalítico”, llevada a cabo en la Fundación Luis Chiozza el 11 de mayo de 2012 (integrada por la Dra. Verónica Cohen, la Dra. Marina Grus y la Lic. Alicia Makaroff).

clase pensando: “Yo pago y vengo, ahora es responsabilidad del profesor que yo me transforme en un buen tenista”.

Quisiera volver ahora sobre una metáfora que utilizó Gustavo Chiozza⁷ para referirse al encuadre. Planteó que éste podría pensarse como el tendón que une al músculo –proceso analítico- con el hueso –contrato analítico-. Y agregó que, así como en anatomía no es nítido el límite entre un tejido y otro, tampoco es tan nítido el límite entre el encuadre y el proceso analítico, o entre el encuadre y el contrato. En este sentido, mencionó, por ejemplo, que a veces hay interpretaciones que son restablecimientos del encuadre, o viceversa. Y también planteó que hay situaciones como el silencio o las ausencias del paciente que no son, en primera instancia, rupturas de encuadre, pero que pueden serlo si la cuestión llega a una situación más extrema.

Desde otro punto de vista, que creo que no se contraponen, tal vez podemos concebir al encuadre como el esqueleto del tratamiento psicoanalítico, que encarna las normas que lo sostienen y lo protegen⁸. La investigación sobre las fantasías específicas inconscientes de los trastornos óseos (Chiozza, L., y colab., 1991 e [1990]) nos enseña que el hueso, que se constituye como una especialización “endurecida” del tejido conectivo, representa normas que son creencias *“que debieron ser particularmente ‘reforzadas’ con el objetivo de asegurar la función de sostén y protección, convirtiéndose en principios de acción más definidos”* (Bianconi, S., 2014, pág. 50). Siguiendo esta comparación, el establecimiento y mantenimiento de un encuadre adecuado contribuiría a que, como analistas, nos sintamos cada vez un poco más seguros y un poco más sólidos ejerciendo nuestra labor.

Continuando con la comparación, el encuadre que funciona bien “sostiene” y “protege” al proceso analítico, permitiendo su desarrollo. Su importancia se vuelve más evidente en las situaciones en las que el “calor” de la transferencia inflama los afectos y se producen “tormentas emocionales” en el análisis, que, si bien forman parte del proceso, a veces llegan al punto de amenazar con hacer naufragar el tratamiento. En esas ocasiones, el paciente (y a veces también el psicoterapeuta) puede sentir que se pierde el “como si” y que el analista deja de ser un personaje, para transformarse en una “persona real” frente a la que experimenta sus afectos “a plena cantidad”. Al decir de Freud (1915a [1914]): *“Sobreviene un total cambio de vía de la escena, como un juego dramático que fuera desbaratado por una realidad que irrumpe súbitamente (p. ej., una función teatral suspendida al grito de «¡Fuego!»)”* (pág. 165). Dicho en palabras de Bateson (1972): *“La discriminación entre mapa y territorio está siempre expuesta a cortarse, y los golpes rituales de la ceremonia de paz están siempre expuestos a ser confundidos con los golpes ‘reales’ del combate. En tal caso, la ceremonia de paz se convierte en una batalla”* (pág. 210). En ese momento el encuadre – sobre todo la regla de abstinencia, que constituye su eje- se vuelve indispensable para navegar estas aguas turbulentas, intentando preservar el proceso analítico. Tal como señala Chiozza, necesitamos transmitirle al paciente –y comprender nosotros mismos- que, pase lo que pase durante la sesión, lo que ocurre nunca es algo personal entre él y nosotros, sino vicisitudes de una tarea que realizamos a su servicio. Como dicen los ingleses: *“Nothing personal”*⁹.

⁷ *Ibidem* nota 6.

⁸ En otra vinculación similar, también podríamos comparar al encuadre con el tejido conectivo que constituye el estroma o parénquima, que nutre y sostiene al mesénquima, que es el tejido que lleva a cabo la función específica del órgano. Así, el encuadre es lo que sostiene, nutre y posibilita que se realice el proceso analítico.

⁹ Comentario realizado durante la jornada “Acerca de la Técnica Psicoanalítica”, llevada a cabo en la Fundación Luis Chiozza el 9 de octubre de 2020.

En la investigación sobre los trastornos óseos, los autores exploran tres variantes diferentes del enfermar: la hiperostosis, la fractura y la osteoporosis. Plantean que representarían tres maneras fallidas distintas –paranoica, maníaca y melancólica- de lidiar con un sistema normativo que se necesita reformar, y las vinculan con un sentimiento de consolidación, de infracción y de desmoronamiento inconscientes, respectivamente. A la luz de lo que venimos diciendo, tal vez podríamos hacer una comparación esquemática entre estas variantes y las vicisitudes que ocurren en torno al encuadre analítico, en la medida en que lo experimentamos como una norma que no podemos terminar de hacer yoica y cuando, como señalara Gustavo Chiozza¹⁰, caemos víctimas del malentendido de creer que el encuadre es algo arbitrario y no un requerimiento impuesto por la realidad, algo que *necesitamos* para poder realizar nuestra tarea.

Una primera variante sería aquella donde, frente a situaciones nuevas o imprevistas, reaccionamos de manera paranoica y nos aferramos rígidamente a la “letra” del encuadre, sin tener en cuenta su “espíritu” –es decir, la razón de ser que le dio origen- y entonces nos volvemos intransigentes y recalitrantes en aspectos de la “letra” del encuadre, traicionando su “espíritu”¹¹. Tal vez podríamos incluir en esta modalidad lo que Chiozza denomina el “pacto neurótico” entre paciente y analista: una situación en la que ambos se “acomodan” en el tratamiento, cumplen “prolijamente” con el encuadre, pero el proceso analítico se paraliza bajo el efecto de un pacto tácito que dice *“yo no te molesto a vos, vos no me molestás a mí”*. *“[Se] mantiene así, de manera indefinida, una situación invariante dentro de la cual el paciente, sin el menor esfuerzo, resulta ilusoriamente confortado y protegido mientras cumpla con los requisitos formales que se han convenido”* (Chiozza, L., 2013, pág. 69).

En la variante maníaca, ocurre que infringimos las reglas del encuadre –o permitimos que lo haga el paciente- con la fantasía de liberarnos de algo que sentimos como una imposición superyoica que nos limita; por ejemplo, quebramos la regla de abstinencia y realizamos intervenciones desde el lugar del “analista gurú” que todo lo sabe.

Por último, la variante melancólica podría corresponder a la situación descrita por Gustavo Chiozza¹², en la que, frente a la dificultad para lograr los resultados que deseamos nos desmoralizamos, pero, en lugar de ocuparnos de mejorar nuestra técnica y nuestras condiciones de trabajo, empezamos a “relajar” el encuadre de manera excesiva, dejamos que se vaya “erosionando”, y entonces, por ejemplo, si el paciente dice no estar en condiciones de hacer tres sesiones, lo tomamos en dos o en una, si no está dispuesto a acostarse en el diván, lo atendemos sentado, si no quiere venir hasta nuestro consultorio, lo atendemos por videollamada, y así, sucesivamente. Por este camino, lejos de llegar a mejores resultados, empezamos a tener la sensación de que nuestra tarea pierde forma y se “desmorona” cada vez más. Entonces aumenta nuestra desmoralización y el círculo se retroalimenta¹³.

¹⁰ Ibídem nota 6.

¹¹ Esta distinción entre la letra y el espíritu del encuadre fue realizada por Luis Chiozza durante la conferencia citada en la nota 2.

¹² Participación realizada durante la discusión del trabajo “Volviendo sobre el sentido de la regla de abstinencia” (Grus, M. y Tellas, S., 2016).

¹³ Esta última circunstancia se asemejaría, quizás, a una idea que mencionó Luis Chiozza cuando extendió el planteo de Bauman sobre la moral líquida, para referirse a un “psicoanálisis líquido” (participación hecha en ocasión de la lectura del texto “La modernidad líquida”, de Zygmunt Bauman, realizada por la Lic. García Belmonte en la Fundación Luis Chiozza el 27 de noviembre de 2020). En otra ocasión, comentó que el encuadre también se está haciendo “líquido” y planteó que nuestra época parecería caracterizarse por la profanación de

Estas maniobras defensivas se interpenetran y muchas veces se contienen unas a otras, afectándonos en diferentes grados. Podemos pensar entonces que es probable que, al realizar nuestro trabajo, sucumbamos, en mayor o menor medida, a los espejismos y al canto de sirenas de los “fáciles desvíos” que nos evitan encontrarnos con aquello que sentimos difícil... quizás tener esto presente nos ayude a identificarlos mejor y a tratar de ser cada día un poco más capaces de resistirnos a ellos, de ser cada día un poco mejores analistas para nuestros pacientes... y también un poco “mejores” pacientes.

Finalizo aquí esta breve introducción y espero que ella pueda dar pie a que sigamos profundizando entre todos sobre este tema que hoy nos convoca.

BIBLIOGRAFÍA

BATESON, Gregory (1972)

Pasos hacia una ecología de la mente, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1992.

BENÍTEZ DE BIANCONI, Silvia R. (2014)

¿Qué nos duele cuando nos duele una articulación? Donde se habla sobre la flexibilidad y la rigidez del carácter, la moral y de algunas normas en particular. 1 edición, Dunken, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2014.

CHIOZZA, Luis (1983e [1982])

“Apuntes para una teoría de la psicoterapia”, en *Luis Chiozza O.C*, t.IX, Libros del Zorzal, 2008, Buenos Aires, Argentina.

CHIOZZA, Luis (1995y [1990])

“El poder terapéutico del psicoanálisis”, en *Luis Chiozza O.C*, t.IX, Libros del Zorzal, 2008, Buenos Aires, Argentina.

CHIOZZA, Luis (1998j [1978-1979])

“La interpretación de la transferencia-contratransferencia”, en *Luis Chiozza O.C*, t.VIII, Libros del Zorzal, 2008, Buenos Aires, Argentina.

CHIOZZA, Luis (2013)

¿Para qué sirve el psicoanálisis?, Libros del Zorzal, 2013, Buenos Aires, Argentina.

CHIOZZA, Luis y colab. (1991e [1990]) (Colaboradores: Eduardo Dayen y Roberto Salzman)

“Fantasía específica de la estructura y el funcionamiento óseos” en *Luis Chiozza O.C*, t.XI, Libros del Zorzal, 2008, Buenos Aires, Argentina.

CHIOZZA, Gustavo (1997b)

“La interpretación indirecta de la transferencia”, en L. Chiozza, *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

DRAE (1992)

Real academia española, diccionario de la lengua española, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

la formalidad conmovedora que constituye lo sacro (Conferencia “¿Por qué enfermamos?, 30 años después”, realizada en la Fundación Luis Chiozza el 14 de diciembre de 2018)

FREUD, Sigmund (1915a [1914])

“Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)”, en *Obras Completas*, tomo XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

FREUD, Sigmund (1919a [1918])

“Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, en *Obras Completas*, tomo XVII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

RACKER, Heinrich (1952)

Estudios sobre técnica psicoanalítica, Editorial Paidós, México, 1996.

Referencias bibliográficas

CHIOZZA, Gustavo (2014d)

“Reflexiones sobre la función parental”, presentado en la Fundación Luis Chiozza, diciembre 2014.

CHIOZZA, Gustavo (2016a)

“Algunas reflexiones sobre la dificultad”, presentado en la Fundación Luis Chiozza, junio 2016.

GRUS, Marina y TELLAS, Sarina (2016)

“Volviendo sobre el sentido de la regla de abstinencia”, presentado en la Fundación Luis Chiozza, mayo de 2016.